

cólera divina, con tanta más razón cuanto que además de la obligación indispensable de rogar á Dios por vuestros enemigos, tenéis obligación particular de rogar por vuestros colegas. »

La altivez de su alma aparece en el siguiente rasgo que conviene consignar porque le honra, y demuestra que no sacaba provecho de su pluma, no necesitándolo por decirlo así :

« El Sr. Despréaux no imprimió nunca nada sino contra su voluntad, pues le inspiraban siempre miedo los juicios del público, y este escrúpulo le acompañó hasta la vejez. La primera edición de sus sátiras se hizo sin su consentimiento, y merced á la superchería de un librero que logró por sorpresa privilegio; vino después Barbín para tratar de obtener uno por su parte. El Sr. Despréaux no se opuso á ello, pero le hizo saber que no daría ningún paso para la impresión y que hartó hacía con no oponerse á ella. Por este tiempo acababa de morir el Sr. Canciller, y el Sr. Despréaux había empezado su *Arte Poética*; Barbín fué á la cancellería que el rey mismo dirigía en San Germán. Presentaron primero á Su Majestad el libro de un religioso, con un título muy singular, lo cual hizo reír al rey que concedió el privilegio por doce años aunque sólo lo pedían para seis. En seguida se presentó Barbín que llevaba en la mano un pliego del *Arte Poética* para el que pedía privilegio en nombre del Sr. Despréaux. « ¡ Oh! lo que es ése, ya le conozco. » Sin embargo el Sr. Despréaux no había sido presentado en la corte. Inmediatamente quedó firmado el privilegio; pero una vez puesto el sello, el Sr. Péliссón hizo observar al rey que acababa de conceder un privilegio á un hombre que había atacado á toda la Academia. El Rey hizo sobre esto algunas reflexiones. « Pero en fin, dijo, el privilegio está concedido. » Péliссón no se dió por vencido y fué á solicitar contra el satírico al Sr. duque de Montausier, que estaba muy indignado de que no se hubiera perdonado en la sátira á Chapelain y á Cotín, de quienes era amigo particular. Fué pues á ver al rey con tanta emoción como si se hubiese tratado de un duelo público y dijo tantas cosas que decidió á Su Majestad, no ya á revocar el privilegio, sino simplemente á suspenderlo. Entretanto y pasado algún tiempo recibió el Sr. Despréaux una carta que estuvo extraviada dos días en su casa sin llegar á su poder. Una vez encontrada, se enteró de que decía lo siguiente: « El rey me ha ordenado, Señor, que os conceda un privilegio para vuestra *Arte Poética*, inmediatamente que la haya leído. No dejéis pues de traérmela lo más pronto posible. » El billete estaba firmado: Colbert, y escrito de letra del ministro. El Sr. Despréaux le repondió en estos términos:

« Monseñor, veo claramente que debo á vuestros buenos oficios el privilegio que Su Majestad se digna concederme. Yo me había ya consolado de la negativa dada á mi librero, porque era él exclusivamente el que lo había solicitado, por ser hombre muy cuidadoso de sus intereses, y porque sabía muy bien que yo no era hombre deseoso de sacar provecho de mis obras. Él era pues quien debía afligirse al verse defraudado en su esperanza de ganar dinero, siquiera fuese ésta á mi parecer bastante insegura, dado que la fundaba en la gran venta de obras como las mías.

« Por mi parte hallábame muy contento de que me hubiesen descargado del peso de la impresión y de la incertidumbre de los juicios del público, guardándome muy bien de murmurar contra la negativa de un privilegio que me dejaba el de disfrutar apaciblemente de mi pereza.

« Sin embargo, Monseñor, puesto que os dignáis interesaros tan benévola-mente en mi favor, tendré el honor de llevaros mi *Arte Poética* inmediatamente que esté terminada, no con el deseo de obtener un privilegio de que no me cuido, sino para someter mi obra al elevado juicio de un personaje tan ilustré como vos. Soy, etc.

« El Sr. Despréaux no habló de su respuesta sino después de haber entregado su carta al suizo del Sr. Colbert. Puimorín, su hermano, que estaba empleado en palacio, le echó una fuerte peluca por haberse contentado con una simple carta de cumplido al ministro y por no haber tomado la posta inmediatamente para ir á darle las gracias. Pero, pasados unos días, habiendo tenido ocasión de hablar al Sr. Colbert para cuestiones de su empleo, le dió excusas en nombre del Sr. Boileau á quien el comercio de las Musas « hacía faltar á veces á sus más altos deberes. » — « Todo lo que puedo deciros respecto á esto, repuso el ministro, es que jamás he leído carta que me cause tanto placer como la suya. »

Boileau tiene más de un hermoso rasgo á su favor; era caritativo y servicial y hay que citar á este propósito á Patru, primero para conocer á un hombre de talento y segundo para tener noticia de una noble acción de Boileau.

Oliverio Patru (1604-1681), hijo de un procurador que tenía aficiones literarias y que le hizo dar una sólida educación, viajó por Italia inmediatamente después de acabar sus estudios; allí encontró á Honorato d'Urfé con quien trabó amistad. En París adquirió fama de ser el mejor abogado de su época; reformó felizmente la elocuencia del foro, la desembarazó de los hábitos pedantescos, del preciosismo y del gongorismo que la afeaban, renunció al abuso de las citas, al énfasis de los contrastes violentos y le dió los caracteres de sobriedad y sencillez que son la característica del siglo xvii.

Berryer juzgaba de esta suerte á su antecesor :

— Las defensas de Patru, dice, no son muy numerosas. Las trabajaba prolijamente y ponía especial cuidado en pulir su estilo. Este trabajo se nota fácilmente y reemplaza con mucha frecuencia la inspiración; poseía una claridad, una lucidez y una corrección notables, y escribió con nobleza y firmeza, pero con poco calor y entusiasmo. No debía conmover á los jueces ni arrancar lágrimas á sus oyentes, sino convencerlos con la franqueza, la nitidez de la expresión, la fuerza del razonamiento y á veces la elevación del pensamiento. Su sencillez degenera con frecuencia en sequedad, pero á veces se acerca á lo sublime.

La Academia reconoció el mérito del gran orador llamándole á su seno. Patru pronunció el día de su instalación (1640), un discurso de gracias ante la docta compañía, el cual tuvo tal éxito que en lo sucesivo se estableció la costumbre de exigir un discurso de recepción al recipiendario. El nuevo académico tomó sus deberes con gran seriedad y, cuando se presentaba un candidato indigno, protestaba con cortesía

pero con firmeza, como el día en que se contentó con referir á sus colegas este expresivo apólogo :

— Cierta griega tenía una lira á la que se le rompió una cuerda. En lugar de una sencilla cuerda de tripa, le puso una de plata. La lira resultó tal vez más rica y más hermosa, pero perdió su armonía.

Se hizo estimable tanto por su generosidad benéfica como por su talento. Habiéndole privado de sus fuerzas la edad y los achaques, no le fué posible ejercer su profesión y quedó reducido á un estado precario. Tuvo que vender sus libros, y su amigo Boileau los compró á condición de que Patru conservase el usufructo de los mismos durante su vida. Murió éste á los 77 años, dejando el recuerdo de un inteligencia sólida é instruida y de un corazón digno de su inteligencia.

La conducta de Boileau con respecto á este digno anciano es honrosa para ambos y no nos sorprende por parte del satírico. Pueden dirigirse á su vez los versos que él dirigió á Chapelain : ¡poeta mediano pero hombre honrado!

No hizo nunca nada digno de censura y tenía el corazón bien puesto. Los consejos morales que prodiga á los poetas tenían la autoridad del ejemplo y precisamente este pensamiento le inspiró uno de sus más hermosos versos :

Le vers se sent toujours des bassesses du cœur¹.

Por muchos conceptos, aunque no por completo, hace pensar en el hombre de las cintas verdes del *Misántropo*. Á veces se mostraba brusco.

Molière copió de él varios rasgos de la franqueza brutal de su Alceste. Ciertos amigos hablaban á Boileau de Chapelain y trataban de persuadirle á que le tratase bien : « Tened por seguro, le decían, que las críticas de la *Doncella* no le han hecho perder por completo el crédito con los altos personajes. El Sr. de Montausier es su amigo declarado y el Sr. Colbert le hace frecuentes visitas. — Pues bien, insistía el Sr. Despréaux, aun cuando le visitase el papa, sostengo que sus versos son detestables. No hay justicia en el Parnaso si no veo algún día á ese poeta condenado á la última pena. » Molière, que estaba presente, no echó en saco roto aquella frase y la hizo figurar en el *Misántropo* con motivo del soneto de Orontes :

Je soutiendrai, morbleu, que ces vers sont mauvais,
Et qu'un homme est pendable après les avoir faits².

¹ Del sentir la bajeza en los versos se nota.

² Sostendré; vive Cristo! que estos versos son malos
Y que es de la horca digno el que los ha dictado.

También se reconoce á Boileau en Alceste al negarse á alabar el soneto de Orontes, á no ser que se lo manden de orden expresa del Rey.

Leíale un día La Feuillade unos versos que él juzgó malos:

— Os mostráis difícil, caballero, respondió el cortesano; el Rey y la Delfina los han encontrado encantadores.

— No dudo, respondió Boileau, que el Rey sepa gobernar admirablemente y sé que la Sra. Delfina es mujer de grandes luces; pero con vuestro permiso creo que en cuestión de versos entiendo tanto como ellos.

Y cuando fué el cortesano á dar cuenta al Rey de lo que él llamaba la insolencia de Boileau, respondióle el monarca :

— ¡ Oh! en cuanto á eso siento decirlos que el Sr. Despréaux tiene razón.

Alceste, al preferir á todo la canción del rey Enrique ¿ no representa á Boileau, cantando, para oponerla á las alimizcladas sandeces que le desagradaban, la siguiente estrofa que él tenía en gran estima?

La charmante Bergère
Écoutant ses discours,
D'une main ménagère
Allait filant toujours,
Et doucement atteinte
D'une si tendre plainte,
Fit tomber par trois fois
Le fuseau de ses doigts¹.

Aquí termina el paralelo. Boileau no fué enamorado y en cambio Alceste no era alegre ni aficionado á la buena vida como Boileau.

Éste tenía humor jovial en la vida privada.

Su buen humor no se muestra solamente en las bromas y malicias de que se hallan rellenas sus sátiras; era un hombre de buen humor aficionado á bromear.

Racine era amigo de Chapelain á quien Despréaux no conocía. Los dos amigos quisieron procurarse el placer de hacer una visita al poeta avaro; Despréaux debía pasar por el baillío de Chevreuse. Hallaron al autor de la *Doncella* sentado á la lumbre, con los dos pies apoyados en un leño mal encendido. La llegada de los visitantes no le hizo cambiar de postura, de modo que acaparaba toda la lumbre, pues los dos

¹ La cándida pastora
Que oía estas endechas,
Hilando proseguía
Con mano activa y diestra,
Y hondamente movida
Por tan amante queja
El huso, de sus dedos,
Tres veces caer deja.

extremos del leño que no ardían, correspondía precisamente á los pies de los dos poetas. Recayó la conversación sobre las comedias y Chapelain sostenía que las de Ariosto era superiores á todas las antiguas y modernas. «¿Y qué decís de las comedias de Terencio? repuso Despréaux. — Pues, contestó Chapelain, que es un autor de estilo bastante puro. — Pero ¿no os parece, insistió Despréaux, que representa las costumbres admirablemente?» Chapelain volvía siempre á su Ariosto y Despréaux estuvo á punto de soltar el trapo contra él. «Iba á olvidarme, decía, de que era yo el bailío de Chevreuse y á demostrarle, con Aristóteles en la mano, que se hallaba muy lejos de la razón, cuando el Sr. Racine se levantó bruscamente y puso término á la disputa despidiéndose de él.» Apenas dieron tres pasos en la calle, cuando encontraron á Cotín que iba á visitar á Chapelain; de suerte que, si se quedan un poco más, se hubieran visto frente á frente los dos ejércitos, pues Cotín, que conocía á Despréaux, no hubiera dejado de desenmascararle.

Era también goloso y aficionado á los buenos bocados. En su casa se comía bien y había siempre mesa abierta, cosa que irritaba al apacible Racine. No hay más que seguir á Boileau, en la *Comida ridícula*, para convencerse de ello. Es un Jeremías de servilleta prendida: laméntase de que no haya hielo en el rigor del verano. ¡Valiente desgracia!

Tenía en gran estima á Broussin porque era gastrónomo refinado, que hacía poner la mesa con compás para que no se inclinase hacia ningún lado y tenía refinamientos que Boileau no echaba en saco roto.

Un día se le ocurrió decir á sus convidados:

«¿No os parece, señores, que esta tortilla de setas huele á pata de mula?»

Todos quedaron sorprendidos con semejante apóstrofe.

«¡Pobres ignorantes! les dijo, ¿tendré que deciros que las setas empleadas en esta tortilla han sido pisadas por la pata de un mula? Esto da á las setas el mayor grado de perfección.

Higienista prudente decía: «El calor es un amigo incómodo, pero el frío es un enemigo mortal.»

Así pues se abrigaba bien y no se andaba con chiquitas para marcharse de un lugar donde no se hallaba con comodidad.

Barbín el librero tenía una casa de campo en Ivry, casa muy adornada y coqueta, pero que no tenía ni patio ni jardín. Boileau fué invitado á comer en ella y poco después de acabada la comida, mandó enganchar su carroza. «Pero ¿á dónde váis tan pronto? — Voy á París á tomar el aire.»

Asistía con mucha puntualidad á las comidas que aceptaba, pero no tanto por golosina como por su habilidad de psicólogo y observador. «No hago nunca esperar porque he observado que la persona que

espera piensa siempre en los defectos de la que se hace esperar.»

Para comprender á los Preciosos de la Cámara Azul le hubiera sido preciso ser hombre de mundo. Sentíase mal en un salón y prefería hallarse en una taberna literaria ó en su casa acompañado de amigos al rededor de un excelente frasco que Chapelle se encargaba de destapar. Es cierto que acudían á Auteuil los grandes señores amigos suyos, pero acudían como á una reunión de solteros donde reina gran libertad de lenguaje. Cuando se hallaba en sociedad su conversación era embarazosa y esto le sucedió desde muy joven. Ganaba mucho con ser conocido y tratado. En el trato íntimo era afable y no tenía ni uñas ni garras.

Sólo era temible con la pluma en la mano. Gustábale que diesen á sus versos la misma estimación que á su persona; detestaba «leer ante unos bustos» y miraba con atención á sus oyentes.

Su amigo más notable fué el Rey. Entre aquellos dos directores de almas había cierta afinidad y no habían tardado en reconocerse. Boileau se llenaba de entusiasmo al hablar de Luis XIV. «Es un príncipe, decía, que no habla nunca sin pensar lo que dice. Construye admirablemente sus frases; sus menores ocurrencias huelen á soberano y, en la intimidad, parece más bien recibir la ley que darla.»

Por eso con él no se las echa de orgulloso, y es la única autoridad ante la que se inclina sin refunfuñar. Es éste un papel nuevo para él y es divertido verle buscar en presencia de Su Majestad gracias que en otra parte sentarían mal en él. Ya es una frase ingeniosa, sin gran delicadeza, ya una lisonja de filólogo.

En la época en que toda la corte se esforzaba por substituir la palabra *gros* á la palabra *grand*, consultó el Rey á nuestro poeta para saber si no equivalía la una á la otra. Boileau dió la siguiente respuesta: «Señor, á pesar de la opinión de vuestra corte, hago gran diferencia entre Luis el Gordo y Luis el Grande.» En caso de necesidad sabe mostrar una complacencia casi bufonesca, á estilo de cortesano:

— En la campaña de Gante, los Señores Despréaux y Racine recibieron orden de seguir al Rey. Su Majestad se expuso mucho por lo cual algunos cortesanos le hicieron observar que debía tener más cuidado con su persona; y su historiador se presentó á hacerle la corte rogándole que no le diese motivo para terminar tan pronto su historia, pues Su Majestad estuvo á punto de ser herido por una bala de cañón que cayó á unos siete pasos. «¿Y á cuantos pasos estábais vos? dijo el Rey á Despréaux. — Á cien pasos, respondió el satírico. — ¿Y no tenáis miedo? repuso el Rey. — Ya lo creo, temblaba mucho por Vuestra Majestad y más aún por mí.»

Este tono se ajustaba tan poco á su carácter autoritario que, más de una vez, se le fué el santo al cielo, cometiendo alguna torpeza, ya hablando de las miserables piezas de Scarrón en presencia de su viuda, Madama

de Maintenón, ya alabando fuera de propósito á Molière. Cuéntase que, estando un día el rey poniéndose las botas para ir de caza, preguntó á Boileau en presencia de varios señores, qué autores habían tenido más éxito en la Comedia. « No conozco más que uno, repuso el satírico, y ése es Molière; todos los demás no han hecho en realidad más que farsas como esas ridículas piezas de Scarrón. » El rey se quedó pensativo, y Boileau, echando de ver que había cometido una falta, bajó los ojos lo mismo que los demás cortesanos. « De suerte, repuso el Rey, que Despréaux sólo estima á Molière. — Señor, no hay más que él que merezca estima en el género que cultiva. — « Tuve buen cuidado, decía el Sr. Despréaux, de no tratar de corregir mis palabras, pues hubiera sido agravarlas. » El Sr. duque de Chevreuse le dijo á este propósito: « Debéis confesar que en aquella ocasión falló vuestra prudencia. — ¿ Y quién es el hombre, respondió Boileau, á quien no se le escapa nunca una tontería? »

La frase es, en verdad, dura para calificar uno de los mejores juicios que le debemos.

Á pesar de que ya no existe el interés que presentaban las cuestiones tratadas por Boileau, y aunque nos sea indiferente mucho de lo que escribió, hay páginas suyas que se leen con gusto por su buen humor, su desenfado y su parte pintoresca, ya que no por su espontaneidad y desembarazo. El ingenio se muestra lento y pesado; cuando Boileau ha envuelto pimienta, en casa del tendero, con los libros de Pelletier ó de La Serre, convertidos en cucuruchos, puede decirse que ha agotado todas sus sales.

Sin embargo se experimenta cierto delicado placer en recorrer el librito, en que no sabemos qué admirar más, si el sabor pintoresco del estilo ó el recuerdo de nuestra juventud. Si la *Cena Ridicula* no hace olvidar las escenas tan llenas de vida de Régnier, y si los *Embarazos de París* no pueden compararse, como movimiento y color, con las pinturas de Scarrón ó de Colletet, y si la *Sátira X* de las *Mujeres* carece, no ya de fuego, sino de competencia y de penetración, en cambio hay estrofas encantadoras en la *Sátira á le Vayer* y sobre todo en la *IX*, que es su obra maestra. Rara vez se han manejado con tanta destreza la ironía y la malicia cándidamente pérfida. La *Sátira VIII*, que compara al hombre con los animales, es bastante divertida y picante hasta tal punto que un poeta de nuestros días ha hecho de ella un monólogo titulado *Los Animales*.

Entre las *Epístolas*, la de Arnaud tiene gran elevación y sería muy hermosa si no estuviese afeada por una perversa imitación de uno de los pasajes más vigorosos de Persio, el enfermo intemperante, en la cual el poeta ha desvirtuado el texto y ha quitado el sabor á una de las páginas más enérgicas de los antiguos.

Boileau no siempre fué feliz en sus imitaciones, quedando con frecuencia inferior al modelo.

El Paso del Rhin es una lisonja; en estilo altisonante, da importancia á una operación militar que hacía encogerse de hombros á Napoleón I. Si el Rhin nació en el monte Adula, la poesía de Boileau tiene un origen análogo y homónimo.

La mejor epístola es la dedicada á Racine, como dictada por una amistad sagaz, un gusto seguro de sí mismo y una amable atención para confortar y consolar al amigo.

La *Epístola X*, *Á mis versos* es también de las más estimadas; es como un testamento poético en que el poeta, mirando hacia atrás desde su retiro de Auteuil, echa una ojeada á su vida:

J'allai d'un pas hardi, par moi-même guidé,
Et de mon seul génie en marchant secondé,
Studieux amateur et de Perse et d'Horace,
Assez près de Régnier m'asseoir sur le Parnasse:
Que, par un coup du sort au grand jour amené,
Et des bords du Permesse à la cour entraîné,
Je sus, prenant l'essor par des routes nouvelles,
Elever assez haut mes poétiques ailes;
Que ce roi dont le nom fait trembler tant de rois
Voulut bien que ma main crayonnât ses exploits:
Que plus d'un grand m'aima jusques à la tendresse.
Que ma vue à Colbert inspirait l'allégresse¹.

En esta casa de Auteuil vivía el jardinero Antonio á quien está dedicada la *Epístola XI* y que recibió embobado las felicitaciones de los amigos de la casa.

Pero su obra capital es el *Arte Poética*.

El canto I es una historia fabulosa de la poesía en Francia y una teoría del estilo poético desde el punto de vista de la lengua con sabios consejos para el escritor respecto á la severidad que debe emplear consigo mismo. El canto II abraza una revista de los géneros literarios que Boileau hace subir á trece sin contar la poesía didáctica ni la fábula; el canto III contiene la teoría de la poesía dramática y épica: el canto IV da á conocer la necesidad de poseer un corazón muy elevado

1. Admirador atento del gran Horacio y Persio,
Mi inspiración llevando por único broquel
Á conquistar osado lancéme sin más guía
Un puesto en el Parnaso muy cerca de Régnier.
Del margen del Permeso llevándome á la corte
Un golpe de fortuna mi nombre hizo brillar.
Supe, emprendiendo el vuelo seguir nuevos caminos
Y mis alas poéticas bastante alto elevar.
Un gran rey cuyo nombre temblar hace á cien reyes
El narrar sus proezas confiarme se dignó;
Mas de un magnate ilustre tratóme con cariño
Y al gran Colbert mi vista de júbilo llenó.

para ser poeta. Tal es, en sus líneas principales, el *Arte Poética*, obra maestra á la que sólo falta verse desembarazada de inútiles adornos y digresiones, en que imitó á Lucrecio, y de las transiciones laboriosas que tratan de enlazar unas partes con otras. Es una historia de la civilización para explicar que la creación de las sociedades, si produjo riqueza, ha dado también á luz la indigencia, y que los poetas, á diferencia de Orfeo, se hicieron pagar sus versos; y añade:

Le Parnasse oublia sa première noblesse¹.

¿ No es algo violenta la deducción?

¿ Qué diremos también de esta transición:

Loin ces rimeurs craintifs à l'aspect flegmatique!...
Apollon de son feu leur fut toujours avare.
On dit à ce propos qu'un jour ce dieu bizarre...
Inventa du sonnet les rigoureuses lois².

Aparte de que Apolo no inventó el soneto, como lo sabía muy bien Petrarca, la observación viene en este caso muy fuera de propósito. Boileau no tenía ni poesía ni imaginación.

El Facistol, obra aparte, pertenece al capítulo de lo burlesco; no lo mencionaríamos aquí si no fuera para hacer constar la innata tendencia de Boileau hacia la alegría y la burla maligna.

Sus *Obras Diversas* no son dignas de gran atención. El *Discurso sobre la oda* da consejos cuya dificultad práctica tuvo ocasión de experimentar el mismo Boileau en la Oda de Namur; no es posible hacer odas pindáricas de encargo y con deliberado intento.

Merecen sin embargo mirarse con especial consideración las estancias á Molière:

En vain mille jaloux esprits,
Molière, osent avec mépris,
Censurer ton plus bel ouvrage:
Sa charmante naïveté
S'en va pour jamais d'âge en âge
Divertir la postérité³.

1. Dió al olvido el Parnaso su pristina nobleza.

2. Con rimadores tímidos de flemático aspecto
Apolo de su fuego avaro siempre fué;
Y hasta dicen que un día este dios caprichoso
Inventó del soneto la rigurosa ley.

3. En vano mil ingenios envidiosos
Se atreven oh Molière, en su ignorancia,
Á censurar tu obra más brillante.
Su gracia encantadora
De siglo en siglo servirá por siempre
Á la posteridad de regocijo.

No es menos digno y elevado el siguiente homenaje á Racine:

Du théâtre français l'honneur et la merveille,
Il sut ressusciter Sophocle en ses écrits.
Et dans l'art d'enchanter les cœurs et les esprits
Surpasser Euripide et balancer Corneille¹.

Merecen igualmente notarse la fábula *El Leñador y la Muerte*, inferior á la de La Fontaine, y algunos excelentes epigramas contra Desmarts de Saint-Sorlin y Cotin, contra el *Agésilao* y el *Atila* de Corneille, contra Perrault, y contra los Modernos:

Clio vint, l'autre jour, se plaindre au dieu des vers

Qu'en certain lieu de l'univers

On traitait d'auteurs froids de poètes stériles,

Les Homères et les Virgiles.

« Cela ne saurait être, on s'est moqué de vous,

Reprit Apollon en courroux:

Où peut-on avoir dit une telle infamie?

Est-ce chez les Hurons ou les Topinamboux?

— C'est à Paris. — C'est donc dans l'hôpital des foux?

— Non, c'est au Louvre, en pleine Académie². »

Agréguese un prólogo de ópera, una parodia del *Cid*, hecha probablemente por Furetière, el divertido *Diálogo de los Héroes de Novela y la Sentencia burlesca dictada en el Parnaso en favor de los maestros en artes, médicos y profesores de la Universidad de Estagira, en el país de las Quimeras, para la defensa de la doctrina de Aristóteles*.

Las Reflexiones sobre Longino son una requisitoria contra Perrault y los Modernos en beneficio de los Antiguos. Por último, las cartas á Racine, á Brossette, y á otros amigos ofrecen el interés propio de todos los escritos de aquella pluma tan bien cortada.

No admiramos ya mucho á Boileau como poeta. Tan sólo á los programas escolares debe el ser conocido ya que no estimado de todos. Se le lee poco. Si le admirásemos, sería en todo caso por razones muy dis-

1. Del teatro francés honor y maravilla
De Sófocles la gloria logró resucitar,
Y, en el arte divino que conmueve y encanta
Sobrepujar á Eurípides y á Corneille igualar.

2. Llegó Clio á quejarse el otro día
Al dios de la poesía
De que en cierto lugar del universo
De Homero y de Virgilio el claro verso
Motejaban de frío y de infecundo.
« ¡ Imposible! gritó Apolo iracundo;
De ti se habrán burlado.
¿ Quiénes infamia tal han consumado?
¿ Tal vez los Tupinambos? ¿ los Hurones?
— ¡ Es en París! — Acaso en las mansiones
De los locos se ha dicho tal blasfemia...
— No señor; ¡ en el Luvre! ¡ en la Academia! »

tintas de las que le hicieron estimar en su tiempo. Las obras literarias cambian de aspecto con las épocas. Su carácter es relativo y siempre se les pega algo de la época en que se leen. Las comedias de Molière no son para nosotros lo que eran para un burgués del Marais en 1660. Las ideas y preocupaciones nuevas y la ampliación de nuestros conocimientos modifican nuestro modo de ver. Las obras antiguas adquieren tonos diferentes según el siglo en que se las mira, porque cada uno rehace á su modo las obras maestras del pasado.

Boileau hizo en su tiempo una triple revolución: por lo que hace á la forma, dió reglas de prudencia al estilo de la poesía; en cuanto al fondo, limitó el objeto de su imitación; por último señaló límites á los géneros literarios. Nada de esto presenta hoy interés suficiente.

En cuanto al estilo poético, creemos que debe ser todo lo contrario de lo que proponía Boileau; que el exceso de razón perjudica al lirismo y que un poeta que publicase hoy la *Oda de Namur* quedaría deshonrado.

En cuanto á los asuntos, ya volveremos á tratar de la cuestión.

Por lo tocante á los géneros, no ha quedado en pie ninguna de las barreras que con tan celoso esmero levantó Boileau, y nada nos parece mas falso que semejante clasificación de las poesías como si se tratase de los rebaños de la Beauce.

Por lo que respecta á la moral, nuestro poeta trata de lugares comunes, como la inmortalidad del alma, la nobleza, el honor, etc., sin gran novedad. Horacio le suministró varios de los asuntos y el resto lo tomó de Persio y Juvenal.

Por consiguiente, si el Regente del Parnaso conserva hoy á nuestros ojos algún atractivo, se debe á otras consideraciones, principalmente á que encarnó una de las dos cualidades contradictorias que se encuentran y funden en nuestro carácter nacional, á la vez lírico y sesudo, delicado y positivo. Boileau personifica los derechos de la sana razón y de la verdad vulgar contra los caprichos de la imaginación poética. Para él no hay belleza fuera de la verdad, y sólo es feo lo facticio y lo convencional.

Le faux est toujours fade, ennuyeux, languissant,
Mais la nature est vraie et d'abord on la sent,
C'est elle seule en tout qu'on admire et qu'on aime¹.

Pero obsérvese que nos hallamos en presencia de un burgués que representa á su clase contra la aristocracia intelectual y contra el imperio de las Preciosas.

1.

Lo falso es siempre soso, lánguido, insoportable;
Lo natural tan solo tiene vida y verdad
Lo natural en todo nos admira y agrada.

La literatura tenía entonces toda clase de motivos para apartarse de la naturalidad y hacerse facticia. La Pléyade la había sometido á los modelos antiguos; Corneille y los trágicos la elevaban muy por encima de la realidad á la región de los sentimientos sublimes y excepcionales; los burlescos deformaban la verdad para convertirla en caricatura; los Preciosos, por el contrario, idealizaban y atenuaban lo real para embellecerlo y se perdían en galantes metafísicas, cuyo carácter sutil y alambicado no correspondía á la realidad.

He aquí todas las influencias que tuvo que combatir Boileau en nombre de la naturaleza y de la verdad. Orientó la literatura hacia la verosimilitud, en la misma dirección hacia la que la impulsarán más tarde vigorosamente La Bruyère, Montesquieu y Lesage. Para él no hay otra religión literaria sino la Naturaleza.

Era de temer que las consecuencias de esta doctrina fuesen demasiado lejos hasta llegar al naturalismo, como ha sucedido después, á costa de muchos horrores. Boileau no los hubiera repudiado totalmente, pues en sus versos se halla expresado el principio mismo del realismo de nuestros días:

Il n'est pas de serpent ni de monstre odieux
Qui, par l'art imité, ne puisse plaire au yeux¹.

Así pues para la imitación artística es indiferente el asunto, y los pícaros, bandidos y borrachos pueden resultar literariamente hermosos, sin dejar de ser odiosos en la realidad.

Boileau, enemigo nato de lo delicado, de lo distinguido y *precioso*, pensaba de esta suerte y hasta miraba con cariño los asuntos brutales. Por eso tuvo tentación de escribir una *Vida de Diógenes el Cínico*, de la que decía: «Hubiera presentado un modelo del perfecto pícaro, mucho más original que el del Lazarrillo de Tormes y el de Guzmán de Alfarache.»

No es extraordinario pues el saludar en Boileau á uno de los primeros realistas de la época clásica. Dice y nombra todo lo que ve; y con hospitalaria complacencia abre á las palabras más humildes el vocabulario poético. Dejemos á un lado el *Facistol* que, por su género burlesco, se presta á la trivialidad. En las *Sátiras* y *Epístolas* tienen acogida todos los términos usuales y vulgares, que se van engarzando entre las perífrasis más tímidas y distinguidas. Parece que se nota en su léxico un propósito decidido de brutalidad para espantar al campo enemigo de los Preciosos. Lo democratiza y lo republicaniza; le pone á su poesía una cofia plebeya ó por lo menos un delantal de obrera. Lo mismo que á los poetastros á quienes atacaba, Saint-Amant ó Colletet,

1.

No hay horrorosa sierpe ni monstruo repugnante
Que imitados con arte no logren agradar.